

## La Gran Bruma del inspector Malo

Por JESÚS EGIDO

Tras el éxito de crítica obtenido con su novela recientemente reeditada "El año del francés" (1986), una de las obras imprescindibles para comprender la evolución de la Literatura española actual, Juan Pedro Aparicio ha realizado un esfuerzo por aclarar su narrativa sin renunciar por ello a la calidad ni a la complicidad que exige siempre al lector. Esa tendencia, patente en "Retratos de ambigü" -con la que obtuvo el Nadal en 1988- y en "La forma de la noche" (1994), se hizo aún más evidente cuando en 1996 sorprendió adentrándose en el género policiaco con "Malo en Madrid o el caso de la viuda polaca".

Sin embargo, el carácter negro de este título no supuso ruptura alguna con su concepción y tradición narrativas. Aunque la acción transcurre en Madrid sigue presente ese espacio de ficción propio que él ha denominado Lot y que se identifica con una provincia olvidada. Y vuelven a aparecer personajes habituales en la mayoría de sus títulos, como el Comisario Bienzobas y ese símbolo del lado oscuro y la miseria ligado a un apellido reiterado en el universo de Lot: los Mosácula.

La estructura de sus libros, hasta llegar a éste de Malo, se ha ido haciendo menos tortuosa para acercarse más al lector, pero sin renunciar al concepto de lectura defendido por el gran poeta Luis Cernuda en uno de sus precisos y adelantados textos críticos: "Leemos para divertirnos o para aprender, quiero decir para nuestro aprendizaje intelectual, y poco podríamos aprender de una lectura cuando ésta, además de entretenernos, no consiga asociarnos íntimamente con ella, no despierte en nosotros la emoción de compartir una experiencia excepcional, tanto intelectual como humana".

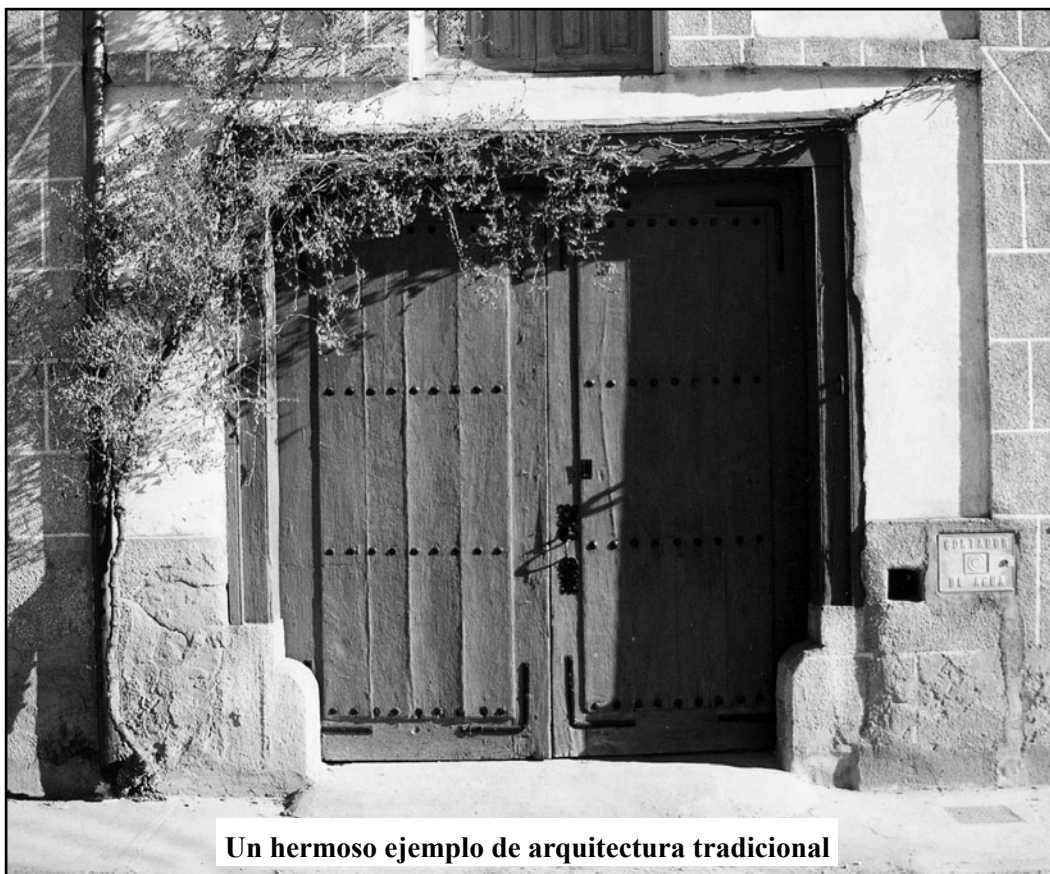
Un buen ejemplo de ello es "Malo en Madrid o el caso de la viuda polaca". Sin olvidar ese placer por lo fantástico al que alude invariablemente Borges y que dominaba el primer libro de Aparicio, "Cuentos del origen del mono", pero sin renunciar al realismo, en su primera novela policiaca Aparicio recrea con un profundo sentido del humor el factor humano y social de la época que le ha tocado vivir, concretamente los últimos años del desarrollismo socialista.

El subinspector Malo,

destinado a Madrid desde Lot, investiga la desaparición de un hombre de negocios. Pero lo relevante no es la resolución del enigma, sino los personajes y el ambiente, esa Gran Bruma que todo lo cubre y a la que el subinspector Malo se enfrenta con una ingenuidad fronteriza con la estulticia. Será un maltrecho Bienzobas quien defina esa frontera nebulosa de intereses que el Poder teje a su alrededor para protegerse: "La Gran Bruma (...), esa zona de sombras que cada policía sabe que está obligado a respetar. En Lot usted, naturalmente, como todos nosotros, vivía muy lejos de ella, pero aquí en Madrid, la sede del Gobierno y de las instituciones del Estado, Malo, se toca todos los días con la puntera del zapato y hay que saber apartarse de ella para no abrasarse (...). Porque si todos pudiéramos entrar en ella como Pedro por su casa, sería la anarquía, y a la policía le repugna la anarquía, ya lo sabe usted".

La Gran Bruma ha sido la base de la novela negra clásica, aunque hasta ahora carecía de nombre propio y de definición explícita. Y por ello "Malo en Madrid o el caso de la viuda polaca" puede ser clasificada como una novela negra, aunque ajena a los clichés narrativos importados de la literatura negra internacional, en los que han caído casi todos los autores españoles que han intentado aproximarse al género.

En la aventura de Malo no hay ex agentes de la CIA, bajos fondos donde habita el lumpen, excesos de violencia ni complejos análisis sociológicos del protagonista aliñados con alguna que otra receta gastronómica, porque al por entonces subinspector Malo el mundo se le acaba en los límites del estadio Santiago Bernabéu donde juega su equipo del alma, el Real Madrid. La cortedad intelectual del policía protagonista permite a Aparicio buscar constantemente la complici-



Un hermoso ejemplo de arquitectura tradicional

dad del lector, con continuos guiños ácidos sobre el nacionalismo histórico que domina lo políticamente correcto de la vida española y el lujo de la cultura del pelotazo. Esa complicidad entre escritor y lector también se aprecia en la estructura de la novela, cuyo enigma queda abierto y sólo es resuelto claramente por quien lee el libro que, a diferencia de lo que ocurre en la mayoría de los textos policíacos, goza siempre de más información sobre los hechos investigados que el propio protagonista.

Cinco años después de su primera aparición, Malo, ya inspector de Policía, regresa en "La Gran Bruma", que acaba de editar Espasa Narrativa. Y en esta ocasión Aparicio formula con éxito un juego arriesgado. Partiendo de la ficción y del concepto literario del doble -Lady Di se le aparece a Malo vestida de elegante princesa de Gales en las proximidades de la cárcel de Brieva-, la novela se adentra en el realismo sin estridencias ni excesivas arquitecturas estructurales para ofrecer una burla despiadada de las mafias policiales. Aparicio se acerca a la técnica ensayada por Chesterton en su serie sobre el Padre Brown que tanto deleitaba a Borges: modelar la fantasía hasta darle al relato un tratamiento realista y una solución detectivesca racional.

De nuevo el protagonista investiga una desaparición; en este caso la de un policía, a petición de su desconsolada supuesta viuda. Y el autor hace gala de su desbordante imaginación, generalmente superada por la propia realidad. Ahí están presentes los símbolos separatistas que aparecen año tras año en el Tour de Francia cuando la carrera ciclista se adentra en tierras próximas a España, el drama de las pateras, la Gran Bruma que flota sobre Marbella...

Todo son pinceladas que el lector ha de ir comprendiendo para componer el cuadro final, aunque en esta ocasión Malo ha madurado y sirve de más ayuda. El personaje va creciendo a lo largo de la novela, pierde parte de su dramática ingenuidad e incluso le permite a Aparicio hacer uso de otro de los temas básicos de su narrativa: el amor, generalmente marcado por la tragedia y ajeno a cualquier desviación cursi o despectiva tan de moda en la Literatura española actual.

"La Gran Bruma" esconde en su humor una gran amargura reflejada a través de los personajes, todos ellos vivos y reales al margen de la cantidad de páginas que ocupen. Mediante un uso ajustado y fluido de los diálogos van cobrando forma el oscuro policía Jambrina, el coleccionista de mariposas Augusto Ledesma que preside la Gran Bruma de Marbella o el moro cabrero que ha puesto su suerte en la lectura del best-seller para ejecutivos "¿Quién me ha robado mi queso?".

Hay capítulos dramáticos, de una poderosa tensión, como el de la recogida de cadáveres de emigrantes por la Guardia Civil en una playa de la Costa del Sol. Y el enigma vuelve a quedar relegado a un segundo plano por el protagonismo de la atmósfera y los personajes, aunque en esta ocasión sí queda resuelto formalmente, pese a que los resultados de la investigación se diluyen en esa Gran Bruma que, de nuevo, el Comisario Bienzobas siente próxima, con todos sus peligros.

## Acariciando la tierra

(Del libro de ensayos "De vuelta")

Por JOSÉ MORÁN FERNÁNDEZ

Yo los he visto modulando y modelando la tierra como artistas con cincel sin tiralíneas, llevados únicamente por el instinto de la creatividad, de la ilusión, de la pasión y del arrobamiento, sumidos en el embrujo de una caricia a quien les dará un fruto como hijo bien nacido, esperando que el tiempo les sea propicio y el cielo, generoso.

Yo los he visto sembrando las alubias, abriendo suavemente el surco como una boca con dos labios rojos, derramando una a una las semillas e introduciéndolas a veces con sus dedos, como penetrando y tocando un clítoris imaginario y haciendo que los labios se besen, acariciando la tierra con su azada, bajando aquél y subiendo éste.

Yo los he visto, nacida ya en su verde, tierno y enternecido, entresacar la tenue remolacha y limpiar de hierba su lindero para que en su desarrollo no haya obstáculos y crezca, crezca y crezca, regada por el hálito divino.

Yo los he contemplado, sentados como reyes en su trono, movidos por un tractor, sediento de nostalgias, ir dejando caer en suave movimiento acompasado ese "cachín" cortado de patata para que esplenda, brotando en un haz de ramas con flor, hincando su fruto sazonado entre la madre tierra, que lo alimentará con sus surtidas ubres.

Y los he visitado, llorando de emoción ante un trigo que, avariante, se ha aprovechado del buen tiempo y ha comenzado a espigar, granando con holgura, hasta ondear la caña cuya columna mantiene enhiesto el mástil.

Caricia de la tierra, cariño de los hombres y desvelos, mirando siempre a lo alto. Solos entre el amor a su tierra bendita y la devoción al cielo para que su sementera no sufra de quebrantos. Así lo he vuelto a ver, así lo he contemplado nuevamente al hombre de mi tierra, de esta tierra, de vuelta hacia mi tierra.

### El huerto como pasión

Cada persona desarrolla durante el breve, aunque se le antoje largo, trayecto de su vida una función, una tarea, un trabajo. No se trata únicamente de "pasar el rato" y menos de "matar el tiempo", como los aforismos populares motejan. Es vital descubrir las propias capacidades, revelarse a sí mismo para patentizar luego a los demás las cualidades y los valores, que a todos, de una forma o de otra, nos adornan. Y conocidas aquellas y descubiertos éstos, ser conscientes de que estamos llamados, sí llamados - no sabemos por quién, por un Dios, por el hado o por la naturaleza, de ahí la "vocación"- a multiplicar, enraizar y hacer crecer capacidades y cualidades, y a penetrar, enhebrar en la vida de cada día y endulzar la existencia con la dignidad de los valores.

Cuando al trabajo lo hemos convertido en vocación y sentimos su llamada en la inmediatez de las horas, se transforma en pasión y lo amamos apasionadamente. No "padecemos" el trabajo, lo amamos, y para quien ama, el trabajo no es nunca sufrimiento, y si lo fuera, como dijo Agustín de Hipona, se